

LA CASA ENCANTADA

El tiempo libre nos ofrece la oportunidad a mí de aprender y a ti de enseñar. Así pues, me gustaría mucho saber si piensas que existen los fantasmas y tienen figura propia y algún poder divino o si, por el contrario, inconsistentes y fútiles, adquieren una imagen a partir de nuestro miedo. Yo me veo impulsado a creer que existen sobre todo por lo que oigo que le ha ocurrido a Curcio Rufo. Siendo aún de baja condición y desconocido, se había unido como escolta al gobernador de África. Al declinar el día, paseaba por un pórtico y se le presentó una figura humana de mujer, pero más alta y hermosa. Le dijo, ante su espanto, que era África, que le anunciaba el futuro: que iría a Roma y ejercería cargos públicos, que regresaría a la misma provincia incluso con un poder supremo y que allí moriría. Todo se cumplió. Además, se cuenta que cuando llegó a Cartago y bajaba de la nave, le salió al encuentro en la playa la misma figura. Él mismo ciertamente, afectado por una enfermedad, previendo el futuro a partir del pasado, la adversidad a partir del éxito, abandonó la esperanza de salvarse, al tiempo que ninguno de los suyos la perdía.

Y ahora, ¿no es más horrendo y no menos sorprendente lo que te voy a contar tal como lo he oído? Había en Atenas una casa espaciosa y amplia pero infame y apestada. En el silencio de la noche se oía un ruido de hierro y, si se escuchaba con más atención, un estrépito de cadenas, primero más de lejos y luego de cerca. A continuación aparecía un espectro, un anciano consumido por la miseria y el desaliño, con la barba larga y el pelo erizado. Llevaba y batía unos grilletes en las piernas y unas cadenas en las manos. Por ello, a causa del miedo, sus ocupantes pasaban en vela unas noches tristes y espantosas. Al desvelo le seguía la enfermedad y la muerte debida al creciente terror, pues también de día, aunque la imagen se hubiera ido, el recuerdo de la imagen vagaba ante sus ojos y el temor era más prolongado que las causas del temor.

Por ello, la casa fue abandonada, condenada a la soledad y toda ella dejada a aquel fantasma. Con todo, había un letrado por si alguien, desconocedor de aquel mal tan grande, quería comprarla o alquilarla. Llega a Atenas el filósofo Atenodoro, lee el letrado y al oír el precio, como la baja cantidad es sospechosa, se informa, se entera de todo y a pesar de ello, o más bien por ello, la alquila. Cuando comenzó a atardecer, ordenó que se le preparara una cama en la primera parte de la casa, pide unas tablillas, un estilo, una lámpara, manda a todos los suyos al interior. Concentra su espíritu, sus ojos y su mano en escribir para que su mente vacía no le cree los fantasmas que ha oído ni terrores infundados. Al principio, como en todas partes, el silencio de la noche; después, el hierro entrechocando, las cadenas moviéndose. Él no levanta la vista, no suelta el estilo, sino que afirma su espíritu y lo antepone a los oídos. Entonces el ruido se hace frecuente, se va acercando y se oye como si estuviera ya en la puerta, ya dentro de la habitación. Se da la vuelta, ve y reconoce la imagen que le había sido descrita. Estaba de pie y señalaba con el dedo como si estuviera

llamando. Él, por su parte, le hace un gesto con la mano para que espere y de nuevo se aplica a sus tablillas y su estilo. Aquella, mientras él escribía, hacía ruido por encima de su cabeza. Él se vuelve y de nuevo la ve haciendo el mismo gesto que antes, y sin demorarse coge la lámpara y la sigue. Ella iba a paso lento como si le pesaran las cadenas. Cuando llegó al patio de la casa, desapareció de repente y abandonó a su acompañante. Una vez solo, coloca en el lugar como señal unas hierbas y unas hojas arrancadas. Al día siguiente se presenta ante los magistrados y les aconseja que ordenen excavar aquel lugar. Se encuentran huesos encajados y mezclados con cadenas que el cuerpo podrido por el tiempo y la tierra había dejado desnudos y corroídos por las cadenas. Una vez reunidos, son sepultados públicamente. Después de aquello, la casa se vio libre de los manes, que habían sido sepultados conforme al rito.

Plinio el Joven, *Cartas* 7.27